

Habacuc



Un corazón sincero no está exento de dudas (1.13b-17)

John L. Kachelman, júnior

... ¿por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él, [...] Sacará a todos con anzuelo, los recogerá con su red, y los juntará en sus mallas [...] ¿Vaciará por eso su red, y no tendrá piedad de aniquilar naciones continuamente? (1.13b-17).

La duda es tal vez el más grande obstáculo que los santos deben enfrentar. Es un arma mortal que Satanás usa con eficiencia. Cuando a la duda se le recibe en nuestros pensamientos, ella aviva sospechas acerca del cuidado y la protección de Dios. Estas sospechas crecen hasta hallarnos atrapados por la desesperación y nuestra fe es debilitada. El apremio de las Escrituras, es en el sentido de que los santos se protejan de la duda para que su fe no sea debilitada. Proverbios 24.10 dice: «Si fueres flojo en el día de la angustia, tu fuerza será reducida» (NASB).

La causa de la duda es clara: la verdad ha desaparecido de vista. Cuando la verdad está presente, la certeza permanece. No obstante, cuando a la duda se le permite sembrar semillas de sospecha, la verdad comienza a desaparecer. Cuando la verdad desaparece, solo quedan negros temores. El creyente que tiene dudas es descrito por Jeremías: «A causa de mi fuerte dolor, mi corazón desfallece en mí» (Jeremías 8.18). El temor se encuentra en todos los que han sido infectados con sospechas dudosas acerca del cuidado de Dios (cf. Mateo 8.26; 14.31).

Una interesante descripción de estas sospechas es la de «soldados enemigos imaginarios». Al igual que la imaginación, las dudas carecen de sustancia y las sospechas de validez. Estos sutiles enemigos de la fe cristiana, se describen de la siguiente manera:

Si usted comienza a sospechar mal, lo que

sigue es que concluya que es real, y después que informe de ello. Esta sospecha es una extraña sombra que se cierne sobre nuestras mentes. Las sombras sospechosas pronto llegan a ser las intérpretes de todos los eventos. De hecho, la sospecha siempre se precipita a sacar conclusiones; y muchas veces nuestras desconfianzas nos estimulan a concluir que lo que hemos conjeturado es la Verdad. Tomamos sombras e informamos de ellas con toda certeza como si fueran la Verdad, sin embargo, jamás lo vimos, sino que solo lo imaginamos en nuestras fantasías.¹

Los cristianos no debemos permitir que los «soldados imaginarios» invadan nuestras mentes y debiliten nuestra fe. Muchos no han atinado a protegerse de estos «soldados imaginarios» y han dudado de Dios. Esta era la grave situación en que se encontraba Habacuc en 1.13b-17. Habacuc estaba luchando con dudas. Había visto la respuesta de Dios a la injusticia de Judá, pero esa respuesta solo había servido para aumentarle su dolor. Habacuc podía identificarse con Jeremías, que dijo: «¡Ay de mí ahora! porque ha añadido Jehová tristeza a mi dolor; fatigado estoy de gemir, y no he hallado descanso» (Jeremías 45.3). El desconcierto de Habacuc se resume con esta queja del profeta: «¿Cómo es posible que, siendo Dios demasiado puro de ojos para ver el mal, se tolere que este invasor extranjero, este insolente idólatra, trate a los hombres como simples peces e indefensos gusanos?».²

¡Habacuc había sido atrapado por los «soldados

¹ Elon Foster, *New Cyclopedia of Prose Illustrations (Nueva Enciclopedia de Ilustraciones para Prosa)*, vol. 1 (New York: Funk & Wagnalls Co., 1870), 611.

² F. W. Farrar, *The Minor Prophets (Los profetas menores)* (Londres: James Nisbet & Co., s. f.), 168.

imaginarios» de Satanás! Contemplaba la vida y pensaba que todo era en vano. Luchaba en búsqueda de una explicación. Se acercó a Dios con una lista de preguntas que reflejaban su lucha (cf. Salmos 77.3, 7-9). Quería entender cómo podía ser «justo» que Dios siguiera guardando silencio cuando los caldeos eran tan inicuos. Sus sinceras dudas revelan una oportuna lección.

Aun después que Habacuc confirmó en su corazón que Dios era desde el principio, su Creador, su Santo y su Roca, él tenía problemas. ¿Cómo podía su Dios permitir que hombres tan inicuos y tan traicioneros como los babilonios fueran Su instrumento...? Era desconcertante y perturbador... ¿Se identifica usted con esto? ¿Hay momentos cuando la vida sencillamente no parece justa, ni imparcial, ni equitativa? Se pregunta usted: ¿Vale realmente la pena ser cristiano y vivir una vida santa?³

Note cómo los «soldados imaginarios» de Satanás trataron de sembrar semillas de sospecha en la mente de Habacuc. Aquí hallamos una lección que nos anima a todos a resistir pensamientos de sospecha que llevan a dudar del cuidado de Dios.

LA CAUSA DE LAS CONQUISTAS DE LOS «SOLDADOS IMAGINARIOS»

Un estudio de 1.13b-17 revela varias maneras como Satanás invade nuestras mentes con sus «soldados imaginarios». Habacuc fue tentado por cinco situaciones comunes de la vida, a llenarse de dudas acerca del cuidado de Dios. Note cómo cada situación a menudo es un tropezadero para nuestra fe.

En primer lugar, Habacuc fue enfrentado con difíciles interrogantes que no parecían tener respuesta. Los versículos 13b y 14, dicen: «¿por qué ves a los menospreciadores, y callas cuando destruye el impío al más justo que él, y haces que sean los hombres como los peces del mar, como reptiles que no tienen quien los gobierne?». Habacuc vocalizó el desconcierto que agobia a la mayoría de los cristianos alguna vez en la vida. Aunque Dios no puede tolerar el pecado, Él permite que el mal ocurra. Esta aparente contradicción es «el oscuro enigma de la providencia».⁴

Habacuc estaba desconcertado. Veía que Dios toleraba acciones que él sabía que Dios despreciaba,

³ Kay Arthur, *Lord, Where Are You When Bad Things Happen? (Señor, ¿dónde estás cuando sucede lo malo?)* (Portland, Oreg.: Multnomah Press, 1992), 97-98.

⁴ W. J. Deane, "The Book of Habakkuk" («El libro de Habacuc»), *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 14 (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950; reimpresión, 1977), 10.

y no podía resolver este conflicto. ¿Cómo se podía explicar la vida diaria de modo que concordara con la justicia de Dios? Habacuc estaba viendo que Dios permitía que los débiles fueran maltratados por los más fuertes. ¿Dónde estaba la «justicia» en tales acciones? Si Dios estaba planeando juzgar el mal y la injusticia, ¿por qué había de «ocultar» el juicio divino al levantar naciones inicuas?

Esta «invisible» justicia de Dios también atribulaba a Job. En medio de sus tribulaciones, Job preguntó: «¿Por qué los que le conocen no ven sus días?» (Job 24.1). Habacuc analizó la prueba visible de la justicia de Dios y concluyó que los actos del Todopoderoso ¡rayaban en la «traición»! Daba la impresión de que Dios había abandonado a su nación escogida. Por esta razón, el profeta pregunta: «¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Interrogantes como las anteriores son las que le dan forma al argumento histórico del ateísmo. Los que buscan negar a Dios se centran en las aflicciones de los justos y afirman que son incompatibles con un Dios que es bueno, porque un Dios «amoroso» no permitiría que los justos sufrieran. Afirman que cualquier tolerancia del mal es inconsecuente con la santidad, y que un Dios verdaderamente «santo» no podría permitir jamás el mal. Ellos resumen con esta interrogante: «Si Dios sabe que hay personas inocentes sufriendo, ¿por qué no hace algo al respecto? En vista de que las personas inocentes sufren, ¿entonces debe de ser que Dios no es todo amor, ni bueno, ni omnisciente, ni omnipotente!». Los ateos hacen esta afirmación y luego se cruzan de brazos engreídamente, creyendo que con su explicación han hecho que Dios deje de existir. La posición de ellos yerra en por lo menos tres asuntos: En primer lugar no es inconsecuente con el carácter de Dios que los inocentes sufran, porque del sufrimiento salen bienes (Romanos 5.3ss). En segundo lugar, no es inconsecuente con el carácter de Dios que los malos prosperen, porque la prosperidad no siempre es una bendición (1^{era} Timoteo 6.6-10). En tercer lugar, no es inconsecuente con el carácter de Dios usar a los que son malos para que aflijan a los demás, porque Él tiene un plan que se está cumpliendo (Isaías 14.24-27). Una vez que investiguemos los argumentos supuestamente «imposibles de responder» del ateísmo, ¡concluiremos que sí existen acertadas respuestas!

Las difíciles interrogantes de Habacuc no son las únicas. Los seguidores de Dios siempre han hecho frente a interrogantes difíciles que plantean cuán consecuente es la justicia de Dios. Job comentó: «Prosperan las tiendas de los ladrones, y los que

provocan a Dios viven seguros, en cuyas manos él ha puesto cuanto tienen» (Job 12.6; cf. 21.7–13). El salmista luchó por comprender a Dios, porque según su percepción, Él bendecía a los inicuos con prosperidad, satisfacción e hijos (Salmos 17.14–15; cf. 73.1–14). La interrogante de Jeremías todavía se repite, al preguntar: «... oh Jehová, [...] alegraré mi causa ante ti. ¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?» (Jeremías 12.1). En Eclesiastés 7.15 y 8.14, el Predicador se quejó de que por lo visto en su vida, parecía que los justos perecían rápidamente, y que los inicuos prolongaban su vida con iniquidad.

Estas difíciles preguntas todavía agobian a los cristianos. Cuando parece que la justicia no es galardonada por el favor de Dios, los cristianos deben estar conscientes de esta sutil invasión de los «soldados imaginarios» que tratan de sembrar semillas de duda.

En segundo lugar, Habacuc estaba lleno de dudas por los actos inhumanos que despreciaban el valor de la vida humana. Esto es lo que leemos en el versículo 15a: «Sacará a todos con anzuelo, los recogerá con su red, y los juntará en sus mallas». La metáfora de Habacuc compara la vida humana con algo barato. Nadie se preocupa por la vida de un pez. Los babilonios daban a la vida humana el mismo valor que un pescador a su pesca del día. La pregunta del profeta era «Señor, ¿de tan poco valor son las vidas humanas? ¿No te da cuidado la forma tan descarada como se devaluía la vida?».

Es la imagen de un pueblo totalmente indefenso. Están sin protección mientras el fuerte enemigo se acerca. De repente, los débiles son destruidos por los arrogantes. Hay dos expresiones en el versículo 13 que se usan para recalcar la inhumanidad del destructor. La expresión «... los menospreciadores» (cf. Isaías 33.1) se refiere a «los que rompen pactos». Los que se caracterizan por este rasgo demuestran un mal siniestro en sus tratos con los demás. La segunda expresión, «el impío», se refiere a la completa depravación y a la conducta impía de una persona contra otra.⁵ Esta nación mala que estaba siendo fortalecida por Dios, no reconocía el valor inherente de la vida humana. Para los caldeos, la vida humana había de usarse para propósitos egoístas y jamás debía considerarse con honor.

La inhumanidad siempre ha sido deplorable.

⁵ F. C. Cook, *The Bible Commentary (El comentario bíblico)*, vol. 6 (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1871; reimpresión, 1981), 662.

Aturde nuestros sentidos y siembra dudas en nuestra mente acerca del cuidado y la preocupación de Dios. Cuando somos testigos de la crueldad bárbara, preguntamos: «¿Cómo puede un Dios Santo mirar tan inhumanos actos y no vengarlos?». Habacuc estaba teniendo el mismo problema que expresó Job: «Clamo a ti, y no me oyes; me presento, y no me atiendes» (Job 30.20; cf. Salmos 22.2).

En tercer lugar, a Habacuc le causaban repulsión los que se regocijaban de las brutales tragedias de los demás. En el versículo 15b se lee: «... por lo cual se alegrará y se regocijará». Los caldeos se gozaban enormemente del dolor que infligían sobre los que conquistaban. ¡Eran grandes ceremonias y celebraciones las que seguían a sus victoriosas conquistas!

Ver el dolor que el mal produce en las vidas de otros, ya es malo en sí, pero observar que a los perpetradores de inhumanidad les produce diabólico deleite el sufrimiento que ellos causan, ¡es horrible! Los egoístas están siempre tratando de hacer que los esfuerzos humanos se vuelvan para uso de ellos. Tratan a los demás como «peces», y no como humanos iguales que merecen respeto. Rompen los pactos y tratan inicualemente para ganar la ventaja. Luego se regocian de su diabólico mal.

En cuarto lugar, a Habacuc le asombraba la aparente tolerancia de la flagrante irreligiosidad. Esto es lo que leemos en el versículo 16: «Por esto hará sacrificios a su red, y ofrecerá sahumeros a sus mallas; porque con ellas engordó su porción, y engrasó su comida». El orgullo de Babilonia se jactaba de irrespeto para con la autoridad. La imagen del texto es la de un pescador que adora sus redes porque le proporcionan una gran pesca. Era una demostración de altiva arrogancia. Babilonia, intoxicada con arrogante orgullo, pensaba que era responsable de su dominio del mundo.

La irreligiosidad siempre está avivada por un egoísmo que consume. La autosuficiencia, la autoexaltación, el engreimiento, el egocentrismo y el culto de sí mismo son males que nos impiden ver la autoridad de Dios. Estos males nos llevan a sobreestimar nuestras capacidades y a mostrar arrogancia por nuestros propios poderes. Cuando somos cegados por el egoísmo, desarrollamos arrogancia para con los demás. Esta actitud es aborrecida por Dios (Proverbios 6.16–19).

Esta autosuficiencia llevó a los babilonios a creer que eran «dios». Tal creencia revelaba la gran necedad de ellos. En la *Eneida* de Virgilio, el rey Mezentius se presenta como uno de los peores personajes. Al referirse a su propia mano derecha y a su lanza, aseveró: «Estos son los únicos dioses

que Mezentius invocará». ⁶Debido a esta impiedad, se dijo que Júpiter lo mató con relámpago. Si para las deidades paganas se consideraba intolerable tal arrogancia, ¡cuánto más debe considerarse para el Todopoderoso Dios! (Isaías 10.12–13).

Debemos entender las serias consecuencias del egoísmo. Nos lleva a una religión profana que atrae la sobrecogedora ira de Dios. Debemos obedecer la voluntad de Dios y jamás ceder a los imperativos del ego. Debemos recordar que la irreligiosidad produce gran aflicción (Isaías 37.21–29).

A los hijos de Dios se les advierte acerca de la irreligiosidad (cf. Deuteronomio 8.17–19). No debemos dejar que nos engañe la idea de que la mortalidad es superior a Dios. Cuando los cristianos conocemos estos peligros, y a la vez presenciamos a los impíos demostrar orgullo arrogante al practicar flagrante irreligiosidad, nosotros nos desanimamos. Los «soldados imaginarios» de Satanás sigilosamente siembran semillas de duda en nuestras mentes, dudas acerca del cuidado de Dios. ¡Debemos estar alerta a este peligro!

En quinto lugar, Habacuc estaba desanimado por la aparente longevidad del mal. El versículo 17 dice: «¿Vaciará por eso su red, y no tendrá piedad de aniquilar naciones continuamente?». Habacuc miraba el poder de los babilonios y no veía el fin de su maldad. Veía que las redes se llenaban, se vaciaban, y se volvían a llenar. Sabía que Dios podía detener el avance de la maligna nación, pero no se veía que le pusiera freno. ¿Por qué? Preguntaba el desconcertado profeta: «Dios, ¿cómo puedes permitir a este orgulloso pueblo que cada vez sea aun más orgulloso?».

Esta longevidad del mal es sumamente desalentadora para los cristianos. Muchos han orado a Dios constantemente, pidiendo la intervención divina en las políticas de los gobernantes inicuos; sin embargo han visto que lo maligno continúa. Parece que déspotas famosos siguen su arrogante reinado de ruina sin que nadie les ponga freno. Los «soldados imaginarios» de Satanás invaden nuestros pensamientos y calladamente siembran dudas que nos aguijonean, para hacernos perder la esperanza, dejar de orar y hacer que dejemos de esforzarnos por ejercer influencia piadosa en nuestra sociedad. Al igual que Habacuc, nosotros

⁶ Adam Clarke, "The Book of Habakkuk" («El libro de Habacuc»), *The Holy Bible With a Commentary and Critical Notes (La Santa Biblia con comentario y notas críticas)*, vol. 4, *Isaiah to Malachi (Isaías a Malaquías)* (New York: Abingdon Press, s. f.), 742.

preguntamos: «¿Hasta cuando, oh Señor, seguirán gobernando estos inicuos gobernantes?».

LA CURA PARA LAS DUDAS DE LOS «SOLDADOS IMAGINARIOS»

Las sinceras interrogantes de Habacuc habían sido planteadas. El profeta luchaba con fuertes sentimientos que afectan al «ojo» de la fe. Es importante notar que Habacuc no fue abandonado en su desesperanza. Aunque tenía problemas con estas interrogantes sinceras, su fe seguía firme. Aunque las interrogantes no fueron respondidas de inmediato, Habacuc no renunció a Dios. ¿Qué hacía tan firme al profeta? La clave se encuentra en los versículos iniciales del capítulo 1. Habacuc reconocía dos verdades, y estas mantenían firmemente arraigada la fe de él.

¡En primer lugar, Habacuc reconocía que Dios es el Soberano Dios! Aunque le acosaban interrogantes, Habacuc aseveraba con toda certeza que Dios tenía el dominio. En 1.13ss, hizo uso de varios verbos en los que está implícito el pronombre «Tú», que se refiere a Dios. No era que el profeta había perdido su fe. Puede que hubiera estado desconcertado, confundido y lleno de interrogantes, pero no había perdido la confianza en Dios. Sabía que Dios tenía el dominio. Se valía de verdades conocidas acerca de Dios para fortalecer su fe. Cuando era atacado por las interrogantes de duda que planteaban los «soldados imaginarios», ¡Habacuc no renunciaba a su fe! Los cristianos de hoy también deben reconocer esta verdad. El consuelo más importante para los cristianos acosados por interrogantes acerca de Dios y el mal, consiste en recordar la inmutabilidad de Dios (Juan 10.28; Hebreos 12.10–11). Cuando seamos asediados por las dudas de los «soldados imaginarios», magnifiquemos el carácter de Dios (2ª Corintios 1.3; Deuteronomio 33.27).

En segundo lugar, Habacuc reconoció que el mal jamás escapa al dominio soberano de Dios: ¡el terror del mal será confrontado por la justicia de Dios! Habacuc creía que el castigo vendría con el tiempo, porque el mal no podía permanecer para siempre (1.17; cf. vers.º 13). Puede que haya tenido incertidumbre en cuanto a muchas cosas, pero estaba absolutamente lleno de certeza en cuanto a una cosa: ¡Dios y el mal son incompatibles! Dios es el «Santo», la «Roca»; así, ¡el mal jamás perdurará! Hay tres verdades significativas, acerca del aparente triunfo del mal, que los cristianos deben recordar. En primer lugar el triunfo del mal es efímero (cf. Job 20.5; Salmos 37.35–36). En segundo lugar, la prosperidad del mal acabará en ruina y miseria (Salmos 73.18–20).

En tercer lugar, al reinado del mal se le pondrá fin eventualmente (Salmos 145.20; 1^{era} Corintios 15.25). Cada vez que seamos rodeados por los avances del mal, ¡debemos recordar que Dios tiene el dominio y que Su justicia se impondrá a todos! El versículo 11 dice: «... ofenderá [haciéndose culpable y] atribuyendo su fuerza a su dios».

Se dice que Martín Lutero por lo general estaba alegre. No obstante, una vez tuvo problemas para entender las injusticias de la vida. No podía reconciliar las injusticias de la vida con la justicia de Dios. Su esposa trató de levantarle el ánimo y alegrarlo, pero no sirvió de nada. Cuando parecía que ya no había remedio, él decidió hacer un viaje con la esperanza de que su alegría volviera. No obstante, volvió con semblante sombrío y abatido. Ingresó en su vivienda y encontró a su esposa sentada en medio de la habitación, ataviada de negro y con una capa de luto sobre sus hombros, a la vez que se pasaba un pañuelo por sus ojos como si llorara desconsoladamente. Él rápidamente preguntó cuál era la causa de su aflicción. Ella respondió: «Solo una cosa, amado doctor, ¡nuestro Padre en los cielos está muerto! ¡Juzga si no tengo razón para mi aflicción!». Tan pronto como entendió el acertijo de ella, él rió. Abrazándola, le dijo: «¡Tienes razón amada Kate! Estoy actuando como si no hubiera Dios en el cielo». Al llenarse de este entendimiento, se fue de él su melancolía.⁷

Los «soldados imaginarios» sembrarán dudas que pueden hacer tambalear nuestra fe debido a nuestra incapacidad para entender el maravilloso plan de Dios. Debemos confiar llenos de certidumbre, y apoyarnos pacientemente en una fe que cree que la justicia de Dios no ha muerto. Quien tenga esta fe no estará expuesto a darles cabida a dudas plantadas por los «soldados imaginarios». Esto es lo que leemos: «Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos»; «Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos» (Salmos 73.3, 16–17).

CONCLUSIÓN

Es interesante hacer notar que esta es la única sección de la profecía de Habacuc, que Dios no respondió de inmediato. ¡Las sinceras interrogantes de Habacuc fueron recibidas por el más absoluto silencio! No obstante, este silencio no debe interpretarse como consentimiento de parte de Dios en el sentido de que el «mal» es «justo». Es un trágico error que los injustos concluyan que Dios consiente el mal que ellos hacen.

Es tentador para los cristianos concluir que el silencio que guarda Dios hoy, es aprobación de todo lo que ocurre en la vida. Cuando los eventos del mal ocurren y parecen triunfantes, muchos concluyen que debe de ser la «voluntad de Dios». Tal conclusión es falsa. Dios jamás consiente el mal. Dios no guarda silencio en cuanto a los clamores que Sus santos expresan. Es cierto que Dios no habla de forma audible a la gente hoy; en este sentido Él guarda «silencio». No obstante, en otro sentido Dios se ha hecho oír muy bien: Está hablando continuamente a la gente por Su Palabra. El mensaje de Dios está claramente revelado en la Biblia (cf. Hebreos 1.1–2). Todos los que se apoyan en las Escrituras hallarán consuelo cuando están luchando con interrogantes sinceras en cuanto a la justicia de Dios.

Los cristianos deben estar preparados para hacer frente a los «soldados imaginarios» de Satanás. Es inevitable que ellos ataquen y siembren semillas de duda en cuanto al cuidado de Dios. Cuando las tribulaciones de la vida parezcan demasiado severas y el cuidado de Dios parezca demasiado reducido, recordemos la tranquilidad con que el salmista dijo: «Los ojos de Jehová están sobre los justos, y atentos sus oídos al clamor de ellos [...] Claman los justos, y Jehová oye, y los libra de todas sus angustias [...] ¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí?» (Salmos 34.15–22; 42.5). ■

⁷ Foster, 199.